

# Revelar la frontera, cruzar lo inasible

GUILLERMO BALBONA

Hay una ligereza alada en la sutil estancia que proponen sus obras.

Un rastro inasible que impregna y contagia. Como ese no lugar entre el suelo y la vigilia pleno de imágenes, inmerso en la calima del sopor, transparente por la claridad confusa de la pesadilla rotunda, o errante y fugaz, atado a la velocidad de lo incierto. Yolanda Novoa descifra el aire de la nocturnidad, juega con la textura ingravida del deseo y refleja lo invisible con una iconografía que es palabra delicada sin caligrafía, palimpsesto desnudo exento de civilización y trayecto borgiano con flor al fondo. En tiempos de efectismo y espectáculo vacuo, de apariencia y superficie de neón y destellos, de deslumbramientos artificiales, Novoa persigue tocar lo invisible en un estrangulamiento del tacto y revela la frontera cruzando los límites de una cartografía sensorial, esa presencia de la ausencia anclada en el rastro de un color, en la levedad de un collage perecedero, en la sombra de muerte que conlleva toda escritura del arte. Atmósfera de contrarios, combate entre prosa y poesía, materiales enfrentados en un territorio fronterizo donde cabalga un sueño y reposa el equipaje de la realidad listo para embarcarse en un punto de fuga metalizado, jubilosamente falso. La artista se postula en la transparencia, en el desgarró que levita, en la pasajera necesidad de pellizcar un fragmento de vida desprendido de un árbol de sombra blanca y relámpago sobre la piel. En Novoa el dibujo es un muro con pintadas que se antojan hendiduras de un más allá sin dirección. Y el icono cultural sabe a ensimismada incisión en el desvelo de todo. Lo ondulante es esa inquietud, entre la zozobra y el vértigo, inmersa en el recorrido difuso desde aquello que pudo ser al presente despojado de luz. Lo voluptuoso, por contra, nunca es agresión ni desmesura, sino una pista de senderos y surcos existenciales como un mapa de relatos del mundo. Delicadeza, búsqueda e investigación, formas, texturas y materiales, mirada pausada y hallazgo, tierra y naturaleza.

Acuarela y melancolía. Yolanda Novoa recorta la realidad, disecciona la desolación de un rastro de sueño que se despide sin haberse presentado.

La fantasía se edifica con tejidos de ficción. Sus obras, siempre en construcción, exudan un latido luminoso y frágil. Frente al seguro lecho de un sistema enredado en su falaz consistencia, la artista reclama y reivindica ese paraíso ligero, esa desazón que atrae como un acantilado por el que descendemos rumbo hacia el centro del olvido. En estas obras, fragmentos de otras creaciones que soñamos, asoman tatuajes y cicatrices, heridas y vendas, todo en proceso, sólidamente endeble, lejos de lo digital, en una travesía de sugerencias líricas sufriente y consciente de su extrañeza y de la nuestra. Lo desconocido proyecta su súplica real. La realidad llora sueños de papel. En el horizonte se desvanece la última historia que nos contaron. Todo fue un sueño.

Permanece ese ligero desmayo de una pintura enredada en el deseo de ser. Y la criatura del arte salta hacia ese espacio de pliegues medidos por un golpe de enigma que zarandea los nombres.

## El sentimiento trágico de los sueños

GABRIEL RODRÍGUEZ

Lo real y lo representado, o lo real y lo soñado. Sueños de hojas, pieles, pájaros, sobre un papel real, dibujados con acuarela, recortados, pintados sobre otros soportes, superpuestos. Híbridos que regresan a la vida real después de haber sido concebidos en un sueño. Seres vegetales rodeados por figuras melancólicas que se alejan, por unos ojos de mármol que se despiden con un guiño desolado.

Yolanda Novoa, harta de la desesperante cotidianeidad, ha soñado con el paraíso y ha despertado con una flor en la mano. Y ha decidido instalarse a vivir en ese territorio intermedio, tierra de nadie, en el que la ficción es tan absolutamente real, como la realidad sospechosamente ficticia. Un lugar relativamente acogedor, habitable, tal vez un poco cambiante, inestable, movido, tormentoso y, por eso, como el océano inmenso, como la selva ondulante, poseedor de la máxima estabilidad.

Todas las superficies de sus obras han sido tratadas con acuarelas, acrílicos, transparencias, con pinturas que se extienden formando un tejido, una trama celular. Cada parte evoca una sensación táctil, a la vez que formula un equívoco, una sospecha para la vista. Recorre un camino de retorno, desde los sentidos en los que se apoya la construcción de lo simbólico, a los que mantienen una capacidad de constatación, desde la trampa al ojo, a la sutileza material profunda, desde la fascinación a la verificación. Cada obra está concebida y tratada, no solo como objeto para nuestra percepción, sino también como cuerpo que late, que siente, que nos sitúa y nos señala.

Yolanda Novoa ha decidido instalarse en el lugar que se abre en la frontera entre el despertar y los pequeños objetos conceptuales que se nos permite traer al atravesar la membrana que media entre la vigilia y el sueño, entre el recuerdo y la reminiscencia, entre la activación de los sentidos que intentan mantener una relación estable con el mundo y las imágenes complejas, luminosas, y tan inestables como para tener la fuerza, la resistencia al desaliento y una forma tan distinta y tan fuerte de estabilidad que les permite atravesar el tiempo de toda una vida.

Los sueños son frágiles, la vida real es frágil. Ambos, los sueños y la vida real, mantienen una frontera con la muerte, que es el olvido. Ambos, los sueños y la muerte,

se oponen a la realidad diurna, solar, delineada con un insufrible trazo grueso. Al soñar morimos un poco. Sobre todo, morimos a la estabilidad incorruptible de los signos que sustituyen, que ocultan la complejidad de lo real desconocido.

Al despertar, no recordamos nada más que fragmentos que se desvanecen al poco tiempo, sensaciones que permanecen adheridas a la piel, inquietudes, voluptuosidad. Reminiscencias que, para permanecer bajo el dominio implacable de la luz solar, necesitan perder su sustancia, su intensidad, la fuerza de su color y su sabor. La imagen sonora que envuelve toda nuestra piel se decolora, se desvanece. Pero, cuando soñamos, dentro del territorio del sueño, podemos, más incluso que recordar fielmente, hacer presentes, sentir en su inabarcable complejidad cualquier escena que hayamos vivido, o cualesquiera otras, igualmente complejas, aunque nunca las hayamos podido vivir.

La decepción del mundo conocido, la imposibilidad de habitar la realidad nombrada, de sintonizar con la frecuencia que emite un lenguaje que disecciona, pervierte, aísla, excluye, categoriza, enfrenta a los seres que se pierden en sus redes, lleva a algunos autores, como Yolanda Novoa, voluntariamente desorientados en el dominio de las redes normativas, a buscar la satisfacción que ofrece el universo de los sueños, las imágenes que crean nexos de una veracidad deslumbrante, de una voracidad certera.

Un lecho de hojas y pieles. Como alternativa a la colectividad estéril, a la individualidad repetida y el placer postergado, a la resignación por la pérdida del contacto con lo real o con lo natural, al confinamiento en el marco de las satisfacciones programadas, a la desesperación anémica, Yolanda Novoa nos introduce en un lugar habitable, levantado sobre el fondo inestable del sentimiento trágico de los sueños.